

Carlos Díaz

Miembro del I. E. Mounier

JOSEP MARIA COLL



El pasado 20 de diciembre de 2017 fallecía a los 83 años el Dr. Josep Maria Coll, presidente del equipo rector de la Universidad Ramon Llull (1991-1994), de la cual fue una de las figuras más señeras y que le galardonó con su medalla de oro. Igualmente recibió la distinción Jaume Vicens Vives a la excelencia en la cátedra universitaria como reconocimiento a su extensa trayectoria como filósofo, eclesiástico, profesor y decano de la Facultad de Filosofía. En lo que a mí mismo se refiere, fui honrado por designación suya con la ponencia magistral *La aportación del P. Coll al personalismo comunitario* el 29 de noviembre con ocasión de la fiesta del beato Ramon Llull, fecha en que él mismo no pudo estar presente por motivos de salud. Nacido en Barcelona en 1934 era doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona (1988), licenciado en Teología por la Universidad de Innsbruck, Austria (1966) y diplomado en Psicología por la Universidad Complutense de

Madrid (1964). Este gigante del espíritu fue miembro de la Compañía de Jesús desde 1953 y ordenado sacerdote el 1965. Fue también presidente del Institut d'Estudis Humanístics Miquel Coll i Alentorn (1996-2007) y del Consell Assessor de la Fundació Joan Maragall.

Sorprende la seriedad y el rigor, sin prisa ni pausa, de su discurso antropoteológico desde la perspectiva del personalismo comunitario. Su conocimiento, de primera mano y en las fuentes lingüísticas de los filósofos a los que cita, es fantástico. Su conocimiento de Sartre, Fichte, Jaspers, Husserl, Heidegger, de Rahner, von Balthasar, Siewert, Marechal, Kierkegaard, Buber y Rosenzweig, Mounier, Nedoncelle, Ricoeur y tantos otros nos deja hoy boquiabiertos, apenas nadie hubiera podido enseñarle apenas nada en esos ámbitos; por lo demás, mi propia edad me ha permitido gozar también de sus agudas alusiones a Eusebi Colomer, José María Manzana, etc. Para mí, en fin, ha constituido sin hipérbole una fiesta el acceso a sus publicaciones y a sus intereses, tan congeniales a los que siempre quise tener, y que hoy poquísimos dominan, si alguno. Por todo ello fue para mí uno de los últimos grandes personalistas, y mucho mío desapareció con él, aunque no nos hayamos visto más que media docena de veces, eso sí, con un cariño y simpatía profundas. Por sus intereses, por su identidad y por su modo de hacer filosofía estimo que no ha habido en España ningún filósofo del que me haya sentido más cercano, él hubiera podido ser el maestro que nunca tuve. Lamento haber llegado tarde al conocimiento de su obra, que elaboró en gran parte después de la mía, pese a lo cual vivo la suya con la máxima autoconciencia reconocitiva. Para que esto no quede en palabras quiero recordar que publicamos cuatro de sus más importantes obras filosóficas según él mismo¹; por desgracia, el P. Coll ya carecía de lectores que pudieran seguirle y de editores para editarle, y no por la elevación de su prosa o la oscuridad pedagógica –pues también aquí re-

sultaba diáfano, riguroso, profundo y sencillo, algo sorprendente— sino por la penuria epistemológica de nuestros días.

Nadie en su sano juicio podría hacer en esta mera semblanza otra cosa que dar unas pinceladas generales sobre su pensamiento, lo cual me obliga a prometer que a la menor ocasión escribiré un artículo extenso y sistemático al respecto. Con el favor de Dios, al decir de mis amigos latinoamericanos. Sean al menos manifestadas provisionalmente algunas hipótesis al respecto.

La primera es su intelección de las palabras unciales como pares de palabras. Dicho de otro modo, la exploración del yo-y-tú como fundamento de la realidad personal. O dicho de otro modo: la descentración del subjetivismo de la filosofía del pasado siglo y la opción por la alteridad egofaciente (yo te hago a ti) y tuificante (yo soy hecho por ti). No el yo, no el tú, sino el nosotros, el ahora de esa mano que sostiene a la otra constituye la identidad relacional. Esto no hubiera sido posible sin la reflexión sobre la intencionalidad constituyente, por cuya ausencia en la vida cotidiana nos encontramos en un callejón sin salida, vale decir, en una angustia alterófaga.

La segunda convicción sitúa a la primera en el interior del *ordo amoris*. Ahí quedan las hermosas reflexiones sobre el amor, el cuidado, la escucha, la acogida, a las que quizá haya faltado su asiento en el corazón del conflicto social y de la disimetría social. No creo que sea una injusticia aludir al desentendimiento analítico de lo social militante en la obra de

Josep Maria Coll. Nuestro amigo era un sacerdote atento, un hombre bueno, un académico exquisito, que no parece haber salido mucho del entorno de la calle Balmes y otras aledañas. Lo digo con mucho cariño. Sobre todo, porque lo social no es una aplicación extrínseca a lo reflexivo en la Academia, sino que se entraña en ello.

La tercera convicción es la fundamentación última de la filosofía por la teología, y la teología por la fe cristiana. En esta línea enlaza con las más discutibles posiciones de Joseph Ratzinger. En mi opinión resulta la parte menos convincente de su obra, dado el carácter descendente de su constructo: la razón que no da razón de la fe ni es razón ni es fiduciaria. Este punto de vista es cónsono con la teología de los jesuitas de la época, a pesar de Karl Rahner. Sobre esto habrá que escribir detalladamente.

En cualquier caso me encanta la libertad y la valentía parresiaca del filósofo Coll, algo que me regocija muy especialmente en lo que se refiere a la descalificación intelectual de las posturas que se autodenominan personalistas sin dejar de ser sustancialistas, como es el caso del filósofo polaco Karol Wojtyła y seguidores. No conozco a nadie que haya llevado una crítica tan tranquila, tan pausada, tan respetuosa y tan preciosa al respecto. Es mérito no pequeño de nuestro maestro y amigo haber señalado el peligro de una inculta y dogmática retrogradación desde el interior de la Iglesia por parte de las mentes menos lúcidas que hablan de *neopersonalismo* mientras descalifican cuanto ignoran.

1. *La relación interpersonal* (2010); *El personalismo dialógico. Estudios 1* (2011); *La teología y la filosofía a la búsqueda de su unidad. Estudios 2* (2012); *¿Intersubjetividad o interpersonalidad? Estudios 3* (2013). Fundación Emmanuel Mounier, Madrid. Agradezco muchísimo al presidente de la misma, el químico y buen filósofo Luis Ferreiro, el amoroso trabajo de edición, que corrió enteramente a su cargo. Para una Editorial tan pequeña como la nuestra este tipo de esfuerzos son los que más merecen la pena. Lamentablemente, no pocos de estos libros siguen en el almacén.